

de quien tengo el nombre? Bonifacio quiere decir el que obra bien, el que hace buenas obras: ¿pues qué obras son las mías? Tanto le confundió este pensamiento, que allí tomó esta cristiana resolución diciendo: ó no me he de llamar Bonifacio, ó lo he de ser: *Aut non dicar Bonifacius, aut ero.* Vase al punto á la Corte, renuncia cuanto tenia, se despidió del Emperador, y por más que éste se lo rehusaba, entra en un Monasterio Camandulense, donde vivió muchos años, y de donde fué promovido á Obispo; y predicando la Fé y siendo Apóstol de los Gascones, dió la vida por Cristo muriendo degollado; y éste es San Bonifacio, Obispo y Mártir, á quien adoramos en los Altares. Tanto pudo el considerar la obligacion de su nombre; *Aut non dicar Bonifacius aut ero.* ¡Oh Santos todos, que con vuestros nombres gloriosos honrais, amparais y empeñais á vuestra imitacion á cada uno de mis oyentes! Vosotros alcanzadles á cada uno el auxilio y la gracia, para que no envano tengan la honra de vuestro nombre. Y tú, Reina de los Santos, cuyo nombre es la dulzura que enamora á los Serafines; que eres la que alumbras con rayos de hermosura á los Angeles, y con luces de enseñanza á los hombres. Tú, cuyo nombre Santísimo comunica la dulzura de devocion á los corazones, reparte las luces de imitacion á las almas y colma en todos nosotros, con los méritos de la gracia, los resplandores eternos de la Gloria.

---



---

### PLATICA III.

DEL INCOMPARABLE FAVOR QUE DEBEMOS Á DIOS EN HABERNOS  
HECHO CRISTIANOS.

*Abril 20 de 1690.*

**D**el nombre pasamos al sér, y de lo que nos llamamos á lo que somos; y solo por tener el nombre de su Santo, nos sirve ese nombre de alimento y estímulo á imitar sus virtudes; tener, no ya el nombre solo, sino el sér comunicado y participado del mismo Dios, ¿cuánto empeño será para imitar en todas nuestras acciones su santidad? En las casas de grandes Caballeros suelen tomar su apellido, no solo los hijos, sino aun los criados; unos y otros se apellidan Manriquez, Toledos y Cerdas, &c. Pero con mucha distincion, que si en los criados aquel apellido los honra y les gana respeto, y por eso deben en sus acciones mostrar que son criados de una casa tan honrada, en los hijos ¿qué obligacion pondrá? Pues en éstos no se queda solo el nombre, sino que les acuerda el sér tambien de su nobleza: les acuerda que son hijos de aquel á quien deben imitar en lo noble de sus acciones. Ya pues nos pregunta así el Catecismo por nuestro más noble sér: *Pregunto, hermano, ¿sois Cristiano?* Y antes de responder, es menester que advirtamos bien la pregunta: reparen, pues, que no nos pregunta así: *Os llamais Cristiano?* No; porque aunque el llamarse Cristiano es un renombre tan glorioso, tan honrado y tan sublime, será la más terrible deshonra llámarselo quien no

lo fuere en sus costumbres. No basta pues, llamarse Cristiano: y así lo que nos pregunta es, si lo somos porque éste es todo nuestro sér, y si este sér no tuviéramos, ¿qué seríamos? ¡Oh Dios!

Cada uno de nosotros tiene dos séres, dice San Agustin: (D. August. t. 5. in 1 Ep. Joan.) tiene el sér de la naturaleza y tiene el sér de la gracia. El uno, ¡qué vil, qué abatido, qué infame! Eso es ser hombre, tierra, gusanos, podredumbre y nada. El otro, ¡qué noble, qué soberano, qué sublime! Esto es ser Cristiano, capaz de recibir y gozar tan Divinos y Soberanos Sacramentos; de conocer tan altos misterios, y capaz en fin de ser heredero de Dios, como hijo suyo adoptivo. El sér de hombre es comun con los idólatras, con los Bárbaros, con los Gentiles que viven como brutos, aun comparado y semejante á los más viles y estúpidos jumentos: *Comparatus est jumentis insipientibus*. No así el sér de Cristiano que lo sublima y eleva sobre todos los más sábios del mundo, y que no solo llega á parear con los Angeles, sino que los mismos Angeles le sirven: *Attendat unus quisque* (dice August.) *quid habeat Christianus: quod homo est, commune cul multis: quod Christianus est, discernitur a multis*. Por hombre apenas alcanzará el conocimiento de las cosas rateras y apocadas de la tierra. ¿Qué alcanzó Aristóteles? Qué supo Platon? Nada, nada, pues no conocieron á Dios; pero por Cristiano, ¿hasta dónde pueden alcanzar sus noticias? Hasta lo más secreto de la Divinidad; pues más propio sér nuestro es el sér Cristiano que el sér hombre. Concluye San Agustin: *Plus ad hominem pertinet, quod Christianus; quam quod homo est*. Pues por eso por este sér, el más noble, el

más soberano, el más sublime, nos pregunta el Catecismo: *¿Sois Cristiano?*

¿Y qué debemos responder á esta pregunta? *Sí, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo*. ¿Por quién? ¿Por quién? Volvedlo á decir y á repetir muchas veces. Hombre, ¿por quién eres Cristiano? ¿Por quién eres Cristiana muger?—*Por la gracia de nuestro Señor Jesucristo*.—Por la gracia de Dios, ¿y no mas?—No mas:—¿qué no por tus méritos? no, pues que ni los tenias antes de nacer, ni despues te bastarán ningunos: ¿qué no por tus gracias? no, pues que muchas más gracias, más hermosas y más discretas, se quedaron en la Gentilidad perdidas: ¿qué no por tu nobleza? ¿qué no por tus padres? ¿qué no por tu casa? no, pues que muchos Emperadores y Reyes, mejores que tú y más nobles, están en el infierno sin Bautismo: ¿qué no por tus riquezas? no, que muchos que fueron dueños del mundo, todos sus tesoros no les valieron para ser Cristianos. Y en fin, ¿qué ni por tu maña, ni por tu diligencia, ni por tus virtudes, ni por tus buenas obras eres Cristiano? no, no: ¿pues por qué? Solo por la mera y espontanea gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo: *Non ex operibus justitiæ, quæ fecimus nos*. El corazon se derrite al oír estas palabras al Maestro de nuestra Fé, S. Pablo: *Non ex operibus justitiæ quæ fecimus nos: sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit per lavacrum regenerationis. (ad Titum, cap. 3.)* No por las obras que nosotros hicimos; no porque tuviésemos algunos méritos, sino solo por su infinita misericordia nos hizo salvos en aquel lavatorio, en que nos reengendró en el Bautismo: quiere decir, que habiendo nosotros nacido hijos de maldicion, nos reengendró, haciéndonos allí hijos suyos,

para ser también sus herederos, pues ésto quieren decir estas palabras: *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo.* Que no habiendo méritos que me pudieran alcanzar esta infinita dicha; que no habiendo poder que me pudiera conseguir esta dignidad tan suprema; que no habiendo favor, ni humano ni Angélico, que me pudiera valer para llegar á este sér tan soberano, solo Dios por su amor infinito, solo Dios por su infinita misericordia me quiso hacer este favor, este beneficio y esta gracia. ¡Oh, gracias sobre todas las gracias, y que no habíamos de respirar tantas veces cuantas reconocidos las debiéramos agradecer! ¡Que soy cristiano solo, solo por el amor que Dios me tuvo! solo porque su bondad quiso comunicarme esta gracia! ¡Oh, no me pidais ejemplos, que no tiene ejemplo esta gracia! ¡Oh, no me pidais semejantes, que no tiene esta gracia semejante!

Aquí se abisma todo el espíritu de San Pablo: aquí pierde pié, y se anega todo el entedimiento de un Agustino: aquí se sume en un infinito mar de misericordias toda la consideracion de los Santos. Y para que nosotros hagamos algun concepto, veamos de parte de Dios lo que nos dá, y de parte de nosotros lo que recibimos: De parte de Dios, no solo nos hizo Cristianos, sino que nos escogió, nos entresacó, nos apartó para que lo fuéramos de entre millares de millones de hombres: *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti. (Ad Ephes.)* Antes de criar el mundo vió Dios los méritos de Jesu-Cristo, vió su Sangre vertida y vió los infinitos tesoros de su muerte. Por otra parte vió todo el monton de millones de hombres que estaban por el pecado condenados, y de todo aquel monton, dejando innumerables que

muriesen en la Gentilidad, nos escogió, nos entresacó á nosotros, para que siendo Cristianos, pudiésemos gozar de aquellos méritos. ¡Oh Dios! Dime ahora Cristiano, ¿que vió Dios en tí y en mí, para que antes de tener ser y vida, antes de que hubiese mundo, nos tuviese ya elegidos en sus amorosos y eternos decretos para ser Cristianos? ¡Mira cuántos millones de hombres han muerto gentiles desde el principio del mundo hasta este dia, y cuántos morirán en lo venidero! ¿Cuántos? Todos están en el infierno.... Pues dime, ¿que vió Dios en tí y en mí, más que en tantos Gentiles y en tantos Filósofos, en tantos Emperadores y Emperatrices, y en tantos Reyes y Reinas, que murieron idólatras; y ¿que á tí, pobrecita muger hecha un remiendo toda; que á tí, pobrecito criado que todos te dán de pié; que á tí, hombre y á tí muger desconocidos; que á vosotros y á mí, á tantos beneficios ingratos, nos criase Dios en tierra de Cristianos, pudiendo habernos criado en tierra de Moros, nos lavase con el agua del Santo Bautismo, nos rubricase con su Sangre, nos alimentase con sus Sacramentos, nos recogiese en el redil de su Santa Iglesia, y nos enobleciese con el noble, y glorioso sér de Cristianos? ¿Por qué? ¿Por qué? Reduzco más á los ojos esta explicacion: ¿Cuántos, y cuántas de mis oyentes habrán tenido hermanos que se concibieron en aquel mismo vientre que ellos, y ya que murieron en el vientre ó que murieron al nacer, no alcanzaron las aguas del Bautismo? Dime ahora, ¿por qué á tu hermano que se concibió en el mismo vientre que tú, nacido de unos mismos padres, y aun no pocas veces en el mismo parto, le negó Dios que fuese Cristiano, le negó su vista para siempre, y á tí te lo concedió? ¿Por qué? ¡Oh amor infinito! Aquí,

derretido el corazón de Agustino, deja todos los discursos de su entendimiento y se deshace todo en agradecimientos hácia su infinito Bienhechor: *Video innumerabilibus hominibus hoc negatum, quod mihi gratulor esse concessum.* (D. Aug. l. de Dilig. Deo, t. 9.) ¿Pues por qué deja todos aquellos? ¿Por qué te escogió á tí para ser Cristiano? Ya lo dice Agustino: porque con todos aquellos quiso usar de su justicia, contigo quiso emplear toda su gracia: *Illi vocati sunt per justitiam; ego vocatus per gratiam.* Pues miren ya con cuánta razón decimos en el Catecismo, *Soy Cristiano por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.*

El Emperador Claudio, habiendo sido parte en la muerte de su antecesor, y temiendo él la suya, corrió tan asustado que no hallando dónde esconderse, se revolvió y rebujó todo en la antepuerta de un salón de Palacio; y tan fuera de sí con el miedo de la muerte, que no solo quiso esconderse en una puerta, lugar tan público, sino que dejándose todos los pies descubiertos, le parecía que estaba muy bien escondido. Viene furioso un Soldado buscando al agresor con la cuchilla desnuda, llega á la antepuerta, descúbrele, y al punto Claudio pónese de rodillas á esperar la muerte. Y entónces el Soldado, cogiéndolo sobre sus hombros, sale diciendo á gritos: *¡Claudio Emperador, Claudio Emperador!* Siguelen las Legiones de los Soldados y pónenle en la cabeza la Corona: *¡Qué dicha! diréis, ¡qué dicha!* Cuando estaba él esperando la muerte, entónces le eligen y le ponen la Corona de Emperador. *¡Qué dicha!* y ahora Claudio está en el infierno, ya todo su imperio pereció. La nuestra sí que es dicha: la nuestra sí que es gracia; que cuando estábamos condenados á eterna muerte por la culpa,

entónces, entónces nos eligió Dios para la más gloriosa Corona, para el Trono más soberano, para el Imperio eterno. Eso es habernos elegido para ser Cristianos: *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo.*

¿Y qué recibimos nosotros con esa gracia? ¿Qué? Todas, todas las demás gracias que no hay lengua humana ni Angelica, que pueda alcanzar á explicarlas. Hízose Dios hombre, ¡infinito beneficio! Murió por los hombres, ¡inmenso favor! Se quedó en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: ¡indecible fineza! Dejó en su Iglesia patentes las puertas de los Sacramentos, por donde podemos adquirir su gracia: no hay palabras con que explicar lo infinito de estos beneficios. Sí; pero decidme ahora, ¿todos esos gentiles, idólatras, bárbaros, que murieron en su gentilismo, gozaron de estos beneficios? No. ¿Por qué? Porque no fueron Cristianos. Ah, luego el ser Cristiano es la llave, es la puerta por donde entramos á gozar tan infinitos beneficios. Decidme, si estando enfermo, y ya para morir sin ningún remedio, entrara una persona con un cofrecito de acero bien fornido y bien cerrado, y os dijera: en este cofrecito está una medicina tan eficaz, que sin ninguna duda os diera la vida, sanaréis al punto con ella; pero la llave no parece, y el cofrecito no hay fuerzas humanas que lo abran. ¡Oh Dios! qué ansias, qué diligencias no hicierais porque pareciese la llave. ¿Qué no dierais por ella? Y si se hallara, ¿cuánto la estimaríais? ¡Oh! si en esta llave está mi vida, y con ella todo cuanto en ella puedo gozar, ¿quién no la ha de estimar mucho? ¿Pues quién no estima, quién no agradece infinito el ser Cristiano? Esta es la llave con que entramos á gozar en la Iglesia la vida

que teníamos perdida, y la que con esa vida de gracia podemos participar y gozar todos los beneficios de Dios: el premio infinito de su Sangre, los infinitos méritos de su muerte, la luz de su doctrina, la Fé de sus Misterios, el fruto de sus Sacramentos y los inmensos goces de su gloria. Pues si el ser Cristiano es la gracia por donde participamos y gozamos todas las gracias de Dios, con mucha razon decimos: *Soy Cristiano por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.* Que de negro tizon que yo era, preparado para el infierno, no me libró solo de tal infamia, de tal deshonra y de tal pena, sino que me escogió para que yo fuera su hermano y para que participara con él de su Corona. ¡Oh, si con los ojos del cuerpo viéramos lo que es un niño antes de bautizarlo, y lo que pasa á ser al punto que por el Bautismo entra á ser Cristiano; qué estimacion tendríamos de un sér tan sublime.

Por ésto en algun modo lo quiso mostrar Dios en el caso que yo refiero y lo cuenta San Antonio de Florencia: (3. p. *Hist. tit. 10. cap. 8. §. 9.*) Casano, Rey de los Tártaros, habiendo salido con poderoso Ejército de su reino, llenó de estragos los Países convecinos, y de espanto los más apartados. En esta ocasion envió su Embajador al Rey de Armenia, pidiéndole por muger á una hija suya, en quien competian la belleza y la honestidad. Negarla era perderse, y darla era perderla: todo le dolia al Armenio, viéndose obligado á entregar á su hija hermosa, honesta y discreta, y sobre todo Cristiana, á un Rey Gentil y bárbaro. Pero asentado en fin, que la habia de dejar vivir en la Cristiana Ley que profesaba, se ajustó el Matrimonio, y pasado tiempo, llegándose á la Reina el primer parto, cuando el Rey y el Reino ansiosos esperaban

que les daría un hijo que fuese un retrato de su hermosura, la pobre Reina, despues de terribles dolores dió á luz un bulto que en lo deforme, en lo feo, en lo abominable, apénas se conocia ser hombre; tan negro y atezado, que ponía horror el verlo. Imaginaos cuál seria la confusion de la pobre Reina, cuál la de toda su Corte, cuál la de Casano, que ardiendo en cólera y teniendo ésto por indicio de que su mujer era adúltera, mandó al punto que hiciesen una gran hoguera, y que allí á la madre y al hijo los quemasen vivos. Ni valieron los gemidos, las lágrimas y los juramentos de la desventurada Reina, con que afirmaba su inocencia. Y ya la llevaban al infame y terrible suplicio. Sale, ¡oh, qué lastimoso espectáculo! la inocente Reina cercada de tropas, de Soldados, de Ministros y de Guardias: caminan por medio de la Ciudad motivando lástimas aun á los más duros corazones: llegan al lugar del suplicio, donde preparada la hoguera, la esperaba ya la muerte. Entónces ella toda deshecha en lágrimas: Dejadme siquiera, les dice, que yo le dé el primero y último abrazo al hijo que nació de mis entrañas. No fué poco conseguirlo de la fiereza de los Ministros. Coge en sus brazos aquel más fiero monstruo que niño. “¡Oh, hijo de mis entrañas, dice ahogando entre sollozos sus palabras: entendia yo que tenia contigo encerrado en mi vientre un Príncipe, y veo que no era sino un condenado! Deseaba ya darte á luz para la Corona, y no saliste sino á la muerte ¡Oh, prenda de mi corazon, qué desgraciado naciste, pues que sin más delito que nacer, tú pierdes la Corona y á mí me quitas la honra, la Corona y la vida! ¡Oh, nunca nacieras para tantas desdichas! mas ya que has perdido el reino de la tierra, ¡oh,

no lo pierdas todo! lograrás el del Cielo. Y sí Casano no te quiere reconocer por su hijo, lograrás el ser hijo de Dios." Dijo, y tomando un vaso de agua le bautizó; y al punto, ¡ó maravilla! lo mismo fué correrle por la cabeza las aguas del Santo Bautismo que, mirándolo todos ir quedando el niño tan hermoso, tan agraciado y tan bello como un Angel, levantóse el clamor del regocijo en los unos; y enmudeció á los otros el pasmo y la admiracion. Y Casano, corrido de lo que habia juzgado, no solo restituyó con mucha honra la Reina á su Palacio, sino que él con grande parte de su Reyno se hizo Cristiano. Ves aquí, pues, patente una vez á los ojos lo que siempre sucede en nuestras almas cuando recibimos las aguas del Santo Bautismo, cuando conseguimos la infinita dicha de ser Cristianos. Nacimos con la fealdad suma é infinita del pecado, denegridos y feos como esclavos del demonio, y por ésto estamos condenados á arder en las eternas llamas. Llega el Bautismo, recibimos sus aguas, ¿y qué nos sucede? Que al punto recibimos la infinita hermosura de la gracia, que no solo nos libramos de las llamas á que estamos condenados, sino que el Rey del Cielo nos adopta y nos reconoce ya por hijos suyos. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¿cómo te agradecemos este tan infinito beneficio? ¿cómo te correspondemos á esta infinita gracia con que dejando á tantos, á nosotros nos escogiste para ser Cristianos? A hacerlo nada te movió, sino tu amor, ¿pues dónde está nuestro amor para corresponderlo? A tí, aunque yo no fuera Cristiano, nada te faltaria de tu infinita gloria: á mí, si yo no fuera Cristiano, toda tu gloria me faltara, todo el infierno me esperara. Pues si tú me diste el ser Cristiano, para que así consiguie-

ra tu gracia, ¿por qué no he de procurar yo ser Cristiano de modo que llegue á lograr los infinitos bienes de tu gloria?

---

## PLATICA IV.

DE LA DIGNIDAD Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO.

Abril 27 de 1690.

---

**A**L paso que sube la dignidad, crece la obligacion: cargo y carga, en una letra sola se distinguen en nuestra lengua; y en Latin, *honus*, que quiere decir honra, letra y media no más lo distingue de *onus*, que quiere decir peso. Está, pues, junta la dignidad y la honra con el peso, con la obligacion y con la carga. Así, pues, como la dignidad de ser Cristiano es la mayor y la más sublime que puede haber en la tierra, así sus obligaciones son las más apretadas y las más estrechas. De una y otra he de hablar ahora, travando la pregunta pasada con la que hoy se nos sigue del Catecismo. Vimos ya tres razones, por las cuales decimos, *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo*. Hoy, para explicar aquella palabra, *por la gracia*, nos resta la cuarta razon, y ésta se toma de la dignidad: Acostumbran los Reyes y Emperadores, los Prelados y Obispos en sus Edictos, Provisiones y Cédulas, empezarlas así: *Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. Don Francisco de Aguiar, y*